

La Historia de la sensibilidad de José Pedro Barrán: innovación historiográfica y provocación intelectual.

Isabella Cosse.

Cita:

Isabella Cosse (2013). *La Historia de la sensibilidad de José Pedro Barrán: innovación historiográfica y provocación intelectual*. *Revista de la Biblioteca Nacional*, (8), 191-204.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/isabella.cosse/18>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p5yn/0ug>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“La Historia de la sensibilidad de José Pedro Barrán: innovación historiográfica y provocación intelectual”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo, 2013, Época 3, Año 5, núm. 8, 191-204.

Isabella COSSE

CONICET / UBA

“Pensé que ibas a preguntarme por qué un historiador social se ocupa de estos temas”. La contestación de Barrán me desconcertó. ¿Por qué mi pregunta –sobre la indiferenciación entre los niños y los adultos en la cultura “bárbara”– había suscitado esa respuesta? Estábamos en el curso de historia medieval que, ese año, Rosa Alonso había dedicado a la historia de las mentalidades. *La Historia de las sensibilidades* –el primer tomo acababa de salir– nos había fascinado. Era posible hacer esa historia en Uruguay. No sólo eso. La escribía el autor de tantos libros que habíamos leído (o que debíamos leer), el profesor que llenaba el salón de actos con sus clases, el director del Departamento de Historia de la Facultad. Y, al tenerlo en clase, invitado especialmente por la aparición del libro, todos estábamos predispuestos a caer cautivados ante sus palabras.

Recordé esta anécdota en el instante que decidí escribir estas páginas sobre la *Historia de las sensibilidades*. La contestación de Barrán –que sólo entendí después– ponía en juego lo que quisiera hacer aquí: recuperar las discusiones que despertó su obra. Fernando Devoto decía, con razón, que el libro es un clásico y lo inscribió en una secuencia historiográfica que lo enlazaba con Francisco Bauzá, Pivel Devoto y Carlos Real de Azúa. No podría emular su análisis –lúcido, elegante (Devoto: 2009). Me propongo, entonces, recorrer el camino inverso. Trazar algunas ideas sobre cómo el libro fue leído y qué significó en el contexto de su producción para luego esbozar algunas reflexiones sobre ciertos problemas en él planteados. Debo aclarar que no pretendo analizar con profundidad las muchas repercusiones que tuvo esa obra en la historiografía uruguaya. Me conformo si logro reponer algo del clima que instaló y del estímulo que hoy sigue teniendo su lectura.

El primer tomo de la *Historia de las Sensibilidades* se publicó en 1989. La investigación había insumido cuatro años. Fue realizada –como el propio Barrán recalcó en su prólogo– en el marco de sus actividades en la Universidad de la República. Para

entonces, había quedado atrás la incertidumbre que había dominado su vida laboral durante la dictadura, cuando, al haber sido destituido en 1978, estuvo obligado a mantenerse con cursos dictados en su casa y la ayuda de fundaciones internacionales (al respecto, Markarian: 2010). Esos años convirtieron a su figura en el referente ineludible de la historia social y, así, lo expresó su nombramiento como director del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República. La importancia de su producción era indiscutible.

En 1986, se había publicado el último de los tomos de *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*. Escrita en coautoría con Benjamín Nahum, la saga había iniciado con *El Uruguay del novecientos* –sobre el que volveré más adelante– publicado en 1979 cuando arreciaba la persecución dictatorial. Si *La historia rural del Uruguay moderno* –publicada entre 1967 y 1978– fue una historia de las estructuras económicas y sociales en el momento de conformación de país, la investigación siguiente colocó el centro en lo político: ¿cuáles habían sido las matrices fundacionales de lo político en el Uruguay moderno?, ¿cómo comprender el primer batllismo?, ¿cómo explicar los límites –los “frenos” diría Real de Azúa, interlocutor central– del reformismo? Las preguntas exigieron una incisiva reconstrucción que, centrada en lo político, hilvanaba lo social y lo cultural. De hecho, no es difícil concebir la *Historia de la sensibilidad* como una deriva de las preocupaciones abiertas en esa investigación que se intuyen ya en *El Uruguay del novecientos*. En ese tomo se despliegan interrogantes, intuiciones y cauces que asumirán toda su fuerza en el siguiente momento historiográfico de Barrán, definido por el problema de comprender nuestra cultura.

De modo que Barrán comenzó en 1986 su investigación sobre la “civilización” uruguaya –el control de las pasiones, el monopolio de la violencia, la represión interior–, cuando el país se enfrentaba a la pregunta de cómo había sido posible el terrorismo de Estado, un fenómeno que, en cierto modo, puede considerarse máxima expresión del fracaso civilizatorio. Su respuesta parecería exigirle cuestionarse de raíz la formación cultural de la sociedad uruguaya. En especial, aquellos trazos que habían delineado una representación del país medido, apacible y feliz.

Los dilemas impuestos a la salida de la dictadura— operaron no sólo sobre las condiciones de producción de la *Historia de la sensibilidad* sino, también, sobre los desafíos intelectuales y las apuestas historiográficas. Quizás, ello colabore a entender cómo se combinaron Bajtin, Elias y Foucault con sus matrices, en cierto modo, contrapuestas. Su lectura de estos textos estuvo filtrada por una preocupación por el poder —la imposición de un modelo— que asumía, seguramente, sentidos precisos sobre el telón de fondo de los años de represión y de la restauración democrática.

Por entonces, aún no se habían clausurado las esperanzas de que el nuevo escenario democrático albergase un despegue inédito en la historiografía uruguaya, impulsado por el Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades. Barrán era una pieza clave de esas expectativas. Su incorporación como profesor de dedicación exclusiva y director de departamento de Historia del Uruguay parecían cerrar las disputas entre ese espacio y el Instituto de Profesores Artigas. Su figura se había convertido en un nexo entre historiadores de diferentes generaciones, enfoques teóricos y líneas políticas. En su escritorio podían encontrarse aquellos historiadores de la generación mítica de la Facultad, ese momento que Blanca Paris nos relataba en sus clases, y las nuevas generaciones formadas en dictadura. Notemos, no obstante, que a pesar de la renovación, las líneas de investigación predominantes tenían una impronta bastante clásica.

En este contexto, se actualizaron antiguos vínculos, pero, también se crearon nuevos. De hecho, por entonces, comenzó a forjarse una red de amistades en la que Barrán disfrutó del placer que le producía pensar intelectualmente. Fue un grupo ecléctico en sus formaciones, preocupaciones y pertenencias generacionales: Daniel Gil (con quien intimó en años de la dictadura), Marcelo Viñar (recién llegado de Europa), Fernando Devoto (a quien conoció a través de los Oddone), Hugo Achugar (que venía de Estados Unidos) y Gerardo Caetano, de la camada joven del Claeh, entre otros. La dedicatoria que Barrán realizó a estos amigos en su último libro (*Intimidación, divorcio y nueva moral*) hablan de la centralidad que ellos tuvieron en la etapa abierta con la investigación sobre las sensibilidades que era, recordémoslo, la primera empresa a la que se lanzaba solo, luego de casi dos décadas de trabajo en conjunto con Nahum. Pero, también, ese agradecimiento retrata la personalidad de este historiador que practicó la gratitud intelectual.

Sin duda, existieron elementos más personales que marcaron el contexto de producción de la *Historia de la sensibilidad*. Según explicó el mismo Barrán: al empezar a trabajar sobre estas nuevas temáticas “hubo una especie de sintonía entre lo que íntimamente quise hacer siempre y la lectura de la historiografía francesa, que me reveló una serie de temas y de enfoques que coincidían estrictamente en una correspondencia casi absoluta con lo que me interesaba de manera personal”. (D. Mazzone: 1990, 50-51). En *Intimidad, divorcio y nueva moral*, se permitirá auscultar más abiertamente esas razones. En militante oposición al uruguayo ocultamiento de lo privado, Barrán se permitió compartir la paradoja de descubrir que se había ocupado de la historia de lo público (lo social, económico, político) cuando su “intimidad era más densa” y, viceversa, que había incursionado en lo privado y lo secreto cuando sentía su mundo personal se estabilizó. (J. P. Barrán: 2008, 7).

Quisiera, ahora sí, retomar mi pregunta inicial sobre la recepción de la *Historia de las sensibilidades*. Mi hipótesis –movida por el recuerdo propio– suponía una corriente de críticas que impugnaba el interés por las sensibilidades ya fuese porque supuestamente relegaba lo social, económico y político (consideradas las dimensiones centrales de cualquier indagación histórica) o porque trasladaba mecánicamente las líneas interpretativas de la historiografía francesa. Mis intuiciones fueron erradas. En mi rápida reconstrucción, no encontré esas líneas de críticas. Pero sí, hubo resonancias en la prensa de aquellas opiniones que le endilgaron a Barrán reponer las claves simplificadas de la visión de barbarie y civilización de Juan Domingo Sarmiento. Washington Lockhart opinó que el autor adoptaba “una distinción polar”, “sarmientina” y criterios “parcializados” aunque esto no implicaba discrepar con la existencia de un proceso de “civilización”. Más bien, la crítica apuntaba a la valoración de la cultura “bárbara” que, en su opinión, no era concebida positivamente por Barrán. Paradójicamente, como reconocía la introducción de *Brecha* al artículo y el propio W. Lockhart, muchos lectores de la *Historia de la sensibilidad* habían percibido la mirada complacida con la que su autor descubría un pasado de desbordes de las pasiones (carnales, lúdicas, políticas) en un país que se había identificado, luego, con el orden civilizado. Ciertamente, incluso, no es difícil en sus páginas un juego irónico en el uso de las categorías “barbarie” y “civilización” con el que las mismas terminan resignificándose. (W. Lockhart: 1991, 14).

Por supuesto, esta no fue la única lectura sobre la interpretación de Barrán. En forma inmediata, el libro habilitó una discusión sobre la relación entre lo cultural y lo económico-social, una preocupación de dos intelectuales marxistas más reconocidos. Guillermo Foladori celebró la perspectiva de Barrán, argumentando que, a diferencia de la historia de las mentalidades francesa que supuestamente explicaba las ideas por sí mismas, el historiador uruguayo relacionaba lo cultural y lo material. (G. Foladori: 1990, 2). Ciertamente, en la *Historia de la sensibilidad*, desde las primas páginas, su autor comparte –se pregunta con genuina preocupación– con sus lectores ese problema historiográfico central. Su respuesta –que ofrece en reiteradas ocasiones– supone pensar la cuestión en términos de conexiones: “No se trata de causas y efectos, de que este entorno provocara aquella sensibilidad, pero sí de advertir nexos, relaciones, afinidades” (43).

Esto no le impedía mantener la cuestión entre signos de interrogación. Con ello, Barrán parecería señalarnos –a nosotros, sus lectores– que se trataba de una pregunta que merecía que nos hiciéramos y que, en cualquier caso, debía pensarse de nuevo. Él mismo la revisaba a cada paso. Por ejemplo, al reflexionar sobre el papel de la violencia física privada constataba que en la sociedad “bárbara” predominaban los delitos “pasionales” más que los atentados a la propiedad, y se preguntaba: “¿Esto sería otro síntoma más de que las estructuras económicas y sociales que estaban ligadas –¿cómo? – a las dos sensibilidades eran diferentes, y que la “bárbara” se casaba muy bien con rasgos precapitalistas –ocio abundante, baratura del alimento– y la “civilizada” con rasgos capitalistas [...]?”. Adelantándose a las críticas, advertía que las “tesis simples no son forzosamente simplistas, aunque a veces al investigador lo asustan porque lo parecen” (47). Este modo de desplegar las ideas le era propio. Era un estilo de argumentación que cautivaba. Permitía descubrir el placer de la elaboración intelectual, compartir sus vicisitudes ante un problema, generaba la ilusión de acompañarlo en su propio diálogo.

Barrán se permitía discutir consigo mismo y revisar su interpretación. De hecho, ya en el segundo tomo sobre la “civilización” atenuó la matriz braudeliana –de una historia total– que domina el dedicado a la cultura bárbara. Se permitió abandonar el trazado original que preveía un primer capítulo dedicado a las fuerzas materiales y demográficas (al respecto, Devoto: 2009). En ese tomo, con una reflexión de Antonio Gramsci, insistía en la

importancia de advertir la “correlación” entre cambio de la sensibilidad y cambio económico (21). Más adelante, insistirá en la importancia de pensar el problema, justamente, en esos términos: “correspondencias”, “afinidades”. El temor a las simplificaciones nunca lo abandonó. Era la preocupación de un historiador que reflexionaba –una y otra vez– sobre cada evidencia y que conocía las limitaciones de las grandes interpretaciones aunque, me atrevo a pensar, que también conocía su atractivo. Volvió, de hecho, sobre el problema en *Intimidad, divorcio y nueva moral*. Allí al referirse a la importancia de la contextualización en la historia cultural explicaba que los contextos (sociales, económicos, políticos) “enmarcaban” a las mentalidades. Y aclaraba: “‘Enmarcan’ no significa ‘provocan’, es un término deliberadamente confuso porque quiere ser abierto. Alude a las estructuras cuyas partes son interdependientes y existen desligadas solo porque el investigador lo postula” (Barrán: 2008, 297).

Estos problemas se expresaban con toda su fuerza en relación a otra cuestión central: el papel de las clases dominantes en esas transformaciones de las sensibilidades. El tema fue advertido ya en las primeras lecturas del libro. Con perspicacia Foladori –al igual que Julio Rodríguez– recalca que Barrán, también aquí, asumía una postura propia, que lo diferenciaba de la escuela de las mentalidades al enfatizar en la centralidad de la dimensión de clase de la sensibilidad (G. Foladori: 1990, 2; y J. Rodríguez, 1990: 19). Ciertamente, de la mano de Foucault, la interpretación de Barrán asumía la noción de disciplinamiento y, para comprenderlo su énfasis quedaba colocado en las clases dominantes, sus instituciones y sus ideas. En su formulación, a diferencia de muchos de los usos a los que dio lugar esa matriz teórica, el control social no será nunca concebido como una fuerza en sí misma sino el resultado de un proceso histórico concreto surgido en un contexto específico en el que habían intervenido personas, grupos e instituciones a los que, además, no concebía homogéneamente. En sus términos, fueron las “clases dirigentes” en lo político y religioso, y las “privilegiadas” en lo económico y cultural, los agentes “más eficaces del cambio de sensibilidad” que utilizaron para legitimarlo e imponerlo (convicción y coacción) a la policía, la iglesia, la escuela y el hospital en un proceso que concebía con resistencias. Volverá a repensar esta interpretación dos décadas después, en su último libro, como plantearé más adelante. Por ahora, quisiera resaltar que, en 1990, su visión fue bien recibida por ciertos intelectuales marxistas interesados en lo cultural.

Los jóvenes investigadores hicieron otra lectura. Menos preocupados por la relación entre estructura y superestructura, concibieron la *Historia de la sensibilidad* como una invitación a la exploración de nuevos campos de trabajo. En su reseña, Emilio Irigoyen – entonces periodista y estudiante de Letras– destacaba la innovación de las apuestas de Barrán, los esfuerzos por comprender las diferencias del Uruguay con Europa y la posibilidad de internarse en el mundo de los sectores populares con la inspiración en Bajtin y Foucault. Pero, sobre todo, resaltaba el carácter revulsivo de la mirada de Barrán sobre los relatos instituidos que obligaba, por eso, “a replantear todas nuestras opiniones o, mejor dicho, la base sobre lo que se asientan todas ellas” (E. Irigoyen: 1990, 10-11). No hay duda del atractivo que provocaron las apuestas de Barrán entre los historiadores más noveles o en formación. Así daba cuenta, por ejemplo, la sólida investigación de Milita Alfaro sobre el carnaval. Seguramente, lo mismo mostraría un rápido repaso de los temas de las monografías de especialización de los estudiantes en la carrera de Historia.

El libro era una fiesta para cualquier que estuviera aprendiendo el oficio. No sólo porque invitaba a asumir riesgos y repensarlo todo sino también porque estaba sembrado de sugerencias metodológicas y reflexiones sobre la práctica del historiador. No faltaba la ejemplificación de fuentes, siempre exquisitas, pero, también, se usaba la cuantificación, con el uso de estadísticas, por ejemplo, de la cantidad y el tipo de delitos como una herramienta para comprender el uso de la violencia. En su análisis, además, ponía al descubierto las dificultades para la elaboración de los datos, las dudas generadas por una fuente, el placer de los hallazgos, los recaudos que le imponían. Para Barrán, el pasado exigía concebir al “otro” en todo su espesor pero, al mismo tiempo, descentrarse de sus dilemas mediante una mirada distanciada, capaz de reponer la extrañeza de un mundo ajeno. El estudio de las sensibilidades potenciaba la siempre compleja relación entre el investigador y el fenómeno. Era consciente de ello. Se sabía él mismo producido por esa cultura civilizada y, por ello, estaba especialmente en guardia ante los filtros surgidos de sus propios valores y sentimientos. No había ingenuidad. Barrán descontaba que los hechos son una construcción del historiador lo que exigía la honestidad de develarla a sus lectores.

La novedad del libro no pasó desapercibida fuera del Uruguay. Noemí Goldman – desde las páginas del *Boletín del Instituto Ravignani*– lo consideraba “un estudio

excepcional” que le otorgaba un “sentido de conjunto, nuevo y esclarecedor, a los comportamientos y sentimientos de una época”. Incluso, se animaba a augurar: la obra “constituirá sin duda un modelo para investigaciones posteriores” (N. Goldman: 1991: 136). En Uruguay, no había dudas: el libro era un hito historiográfico. Así lo expresó el premio “Bartolomé Hidalgo” al ensayo histórico que recibió, en 1990, cuando acababa de salir el segundo tomo. Por entonces, resultaba claro que su importancia trascendía lo historiográfico. La *Historia de la sensibilidad* era un *best-seller* con honda significación social. Los dos mil ejemplares de la primera edición se habían agotado en un mes. Un año y medio después, se habían vendido casi diez mil. Su número ascendería a más de veinticinco mil en las décadas siguientes.

Barrán explicaba que al formular el proyecto no había imaginado ese éxito pero que sí lo había intuido al comenzar a desarrollarlo. ¿A qué lo atribuyó? Sabía que había tocado “algunas zonas de la personalidad colectiva de los uruguayos”. Creía que la “gente” se veía “reflejada” en su manera de explorar una fibra delicada del “nosotros” colectivo y la identidad nacional. Pero, también, una forma de recuperar las voces ausentes de otros relatos históricos, su capacidad de escuchar a los “silenciados” en palabras de Gerardo Caetano (2009:86). Según explicaba Barrán, los comentarios de los lectores le permitían intuir una posición contradictoria: estaban quienes encontraban las permanencias del Uruguay “bárbaro” y quienes descubrían en su reconstrucción un mundo que nunca hubieran imaginado. No desconocía que el libro revelaba la “pacatería”, la “ñoñería” y el “conservadurismo visceral” de los uruguayos (D. Mazzone: 1990, 50-51). Ciertamente, el libro les ofreció una historia que no había sido escrita y que les permitía repensarse individual y colectivamente. No eran sólo los temas sino, también, la forma de abordarlos: la pluma limpia, la fuerza de las imágenes, el ritmo narrativo, la capacidad de transmitir el disfrute que le producía a él mismo la investigación. Ello contribuyó a hacer de Barrán “el” historiador de los uruguayos.

Dos décadas después, la *Historia de las sensibilidades* sigue siendo una cantera estimulante para comprender esa etapa comprendida entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX en las que se conforma un orden social, económico, cultural, moral. Barrán, en su último momento historiográfico puso el acento en esa último plano (y lo hizo con la

riqueza de quien se había ocupado durante largos años de las otras dimensiones) en el que se enlazaba la gravedad del porte, la ética del trabajo, la contención sexual. En la actualidad, existen innumerables artículos, libros y seminarios que exploran estas líneas de indagación para Latinoamérica. Sin embargo, aún tenemos respuestas precarias para muchos de los interrogantes propuestos por la tan pionera obra de Barrán. Me interesa volver sobre tres problemas planteados en ella.

En primer lugar, el libro insiste en la importancia de pensar lo singular del Uruguay y, diría, de América Latina. La elección del término “sensibilidades” simbolizaba –de modo algo intuitivo– la intención de marcar distancia de la historiografía francesa y explorar una vía propia. Si bien Barrán no profundizó la discusión teórica –como suele sucederles a los historiadores lo teórico parecían colocarlo en territorio ajeno– tampoco la eludió. Por el contrario, se esforzó por incorporarla en estos libros y, sobre todo, la realizó a partir de su interpretación histórica. Me interesa reflexionar sobre la cuestión en relación a la conceptualización de esas clases dirigentes, el poder y el “disciplinamiento” frente a las cuales el problema asume especial densidad.

Como he planteado, distanciándose de ciertas corrientes de la historia de las mentalidades, Barrán insistía en el papel central de las diferencias sociales. En sus palabras, esperando la “indiferenciación” entre el Carlos V y el último de sus lansquenets, él encontró el poder de las clases dirigentes (Barrán: 1989, 13). Pero su aporte trascendió la mera constatación de ese poder. Su análisis muestra la fuerza de la dominación pero, también, sus dificultades. Siempre le importó detectar las diferencias entre las clases dirigentes que, de ningún modo, concibió homogéneamente. Disfrutaba, por ejemplo, de lograr una reconstrucción incisiva de las feroces invectivas que se lanzaban los liberales anticlericales y los defensores del clero. Sin embargo, eso no le impidió notar, con lucidez, que esas confrontaciones no impidieron las causas compartidas y que ello fue central para el triunfo civilizado.

¿Sectores dominantes? ¿Clases dirigentes? ¿Fuerzas conservadoras? Podría intuirse cierta incomodidad con cualquiera de estas denominaciones. Era un problema emparentado con la preocupación de Real de Azúa por el patriciado uruguayo pero que asumía carnadura propia para Barrán. Al comienzo de *El disciplinamiento* quedaba claro que la discusión era

un desafío pendiente, explicitado en nota al pie tras la primera referencia a la “burguesía uruguaya”. Allí explicaba que usaría ese término, que tomaba de la historia social europea, pero que las fuerzas burguesas de cada lado del océano no eran iguales. Consideraba que las distinguían el origen de la riqueza, la concepción de la vida y las fuentes de estatus, pero también su relación con el Estado y las características de las clases a las que debían dominar. Y, sin embargo, las diferencias no le impedían plantear que esas clases se parecían en algo central: ambas detentaban poder. (Barrán: 1990, 22)

Para comprender su visión del poder de las clases dominantes resultan centrales dos apreciaciones sobre el control civilizatorio. Por un lado, Barrán advirtió que el acuerdo en torno a la civilización trascendió las fronteras ideológicas. “La burguesía siguió viendo en la Iglesia la mejor guardiana de las pasiones”. Nota, además, que el consenso civilizado podía incluir, paradójicamente, con frecuencia, a quienes combatían al capital: anarquistas y sindicalistas. Por el otro, es interesante recuperar su distinción entre el modelo burgués y la burguesía en sí. Era necesario, desde su punto de vista, considerar que esa clase era capaz de construirse a sí misma y, que en esa construcción, los “modos de ser” fueron dimensiones decisivas de su constitución. En ese sentido, explicaba que la represión civilizada había actuado primeramente sobre quiénes la habían ideado. Sin embargo, creía que su triunfo no hubiera sido posible si el control no hubiera operado “desde dentro de los sectores que podemos calificar más limpiamente de víctimas: los niños, los jóvenes, las mujeres, y, sobre todo, los sectores populares”. No menos importantes resulta su llamado de atención sobre el papel jugado por sectores sociales ajenos a las clases dirigentes como los inmigrantes. Notó que su deseo de ascenso social había sido consustancial con la aceptación del control de las pasiones que dilapidaban “tiempo, dinero y semen” ((Barrán: 1990, 28 y 32).

En segundo lugar, la *Historia de la sensibilidad* exige pensar la conceptualización del cambio cultural. Barrán daba por descontado que la temporalidad de las sensibilidades involucraba la larga duración y periodizaciones laxas. Pero su preocupación apuntaba a las singularidades de las mutaciones en las sensibilidades en los países “dependientes”. Creía que en ellos la larga duración se acortaba: “los lentos cambios del alma se apuran como en cámara rápida”, producto de la coexistencia de sistemas económicos y culturales de

diferentes épocas y de la influencia de de la inmigración europea y los poderes imperiales lo que ponía en evidencia la centralidad de las clases dominantes (Barrán: 1989, 14). Podríamos extremar, ciertamente aún más, el desafío. Preguntarnos si sólo existió una diferencia de ritmo con el proceso europeo o si debemos encontrar una interrogación que asuma nuevas coordenadas. Aún así, me importa recalcar que, a contrapelo de las visiones celebratorias, la reconstrucción de Barrán, su manera de entender la modernización, ofrece una visión desencantada, irónica, lapidaria del “progreso civilizatorio”.

En ese sentido, la interpretación le abría el dilema de cómo pensar en el largo plazo ese cambio cultural. Barrán llamó la atención sobre la existencia de idas y contramarchas, densas coexistencias, permanencias y convivencias de diferentes momentos históricos. En sus palabras: “poco o nada desaparece por entero” (Barrán: 1990, 33) Se imponía, en sus términos, considerar las resistencias, una dirección que, todavía hoy, sería útil explorar aún de modo más radical. Por ejemplo, a partir de la reconstrucción de la moral de los sectores populares, internarse en las vicisitudes de aquellos que mantuvieron altas sus tasas de fecundidad y que permanecieron díscolos a las ritualidades burguesas, ya fuese porque se desentendiesen de ellas, ya porque suponían bienes que carecían. De todos modos, más allá del desafío, la *Historia de las sensibilidades* es la historia del triunfo de la civilización. Justamente, esta será una de las revisiones más sustantivas que él mismo Barrán planteará en su último libro en el que vuelve a compartir sus dilemas ante la interpretación: “difícilmente la evolución señalada [en la *Historia la sensibilidad*] en [la] que todo tiende inequívocamente a la individualización del sujeto haya sido rectilínea y en ese único sentido”. Y agrega de inmediato: “todo presente se encuentra constituido por estratos más o menos densos de pasados residuales y otros de novedades también de diverso espesor”. (Barrán: 2008, 74) ¿Cuántos intelectuales son capaces de revisar sus respuestas y discutirse públicamente?

El problema del control civilizatorio lo conduce a la cuestión de las causalidades del cambio cultural. “¿Qué factores debilitaron las resistencias de la cultura ‘bárbara’ y facilitaron, en consecuencia el triunfo de la ‘civilización’?” se pregunta Barrán. Su respuesta no admite simplificaciones. Concibe un proceso multidimensional, en el que confluyen diferentes fenómenos, “agentes” e “instituciones”. Por un lado, está su modo

complejo de pensar la relación entre lo económico y lo cultural. No desconoce las fuerzas materiales pero advierte que el cambio económico fue causa y consecuencia de la transformación de lo cultural. Por el otro, encontramos su preocupación por comprender la fuerza de quienes detentaban los instrumentos de coacción (el Estado, la escuela, el hospital, la Iglesia) y la forma en que se ejerce el poder, problemas a los que dedicó parte importante de sus siguientes investigaciones sobre la medicalización.

Barrán no tenía una visión ingenua del poder. “No hay construcción posible de ningún modelo cultural sin inhibir las pulsiones”, nos dice (Barrán: 1990: 28). De allí que el problema no fuese descubrir el disciplinamiento sino comprender cuáles pulsiones habían sido aceptadas y cuáles reprimidas en cada momento histórico y qué explicaba cada configuración. Fue un historiador que se negó a dar respuestas unívocas. Prefería sugerir caminos y proponer rumbos que pudiera volver a explorar. No es casual que haya cerrado su historia de las sensibilidades con una paradoja: el novecientos había inventado el control de las pasiones pero, también, la soberanía popular, la democracia representativa y la libertad política.

La *Historia de las sensibilidades* constituye una bisagra en la trayectoria de Barrán. Cerró la investigación en conjunto con Nahum y su historia social y política más clásica. Y abrió una etapa de exploraciones en lo cultural con nuevos desafíos y problemas (retomo aquí a Devoto: 2009). En los últimos libros volverá, una y otra vez, sobre los problemas – obsesiones diría él mismo – descubiertos en ese momento parte aguas. Ellos darán cuenta del atractivo que le producía trabajar en el límite: sentimientos, pasiones, secretos. Pondrá el foco sobre los sectores populares y los efectos del poder sobre sus vidas en la zaga sobre la medicalización. Profundizará su análisis sobre los temores patriarcales ante el placer femenino y sus intuiciones sobre el papel de la literatura en la imaginación femenina: “el bovarysismo de la mujer burguesa real”. Se internará en el sentido social de la pasión secreta y prohibida. E, incluso, auscultará en su propia historia (sus valores, su intimidad) al considerar las dificultades enfrentadas al estudiar la vida privada.

La *Historia de la sensibilidad* abrió un campo de indagación original en la historiografía uruguaya y una etapa central en la producción de José Pedro Barrán. En plena madurez, ese lúcido historiador decidía internarse en nuevos y difíciles territorios. Con ello,

amplió los límites de nuestro conocimiento y de nuestras formas de hacer historia. Reconocer su inmenso legado no hace más fácil la aceptación de que nuestro mundo – intelectual y humano– se ha empequeñecido con su muerte. Pero recorrer su inmensa obra nos ofrece la ilusión de que es posible visitarlo, una y otra vez, y encontrarlo, como siempre, lúcido, desafiante, provocador.

BIBLIOGRAFÍA

BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, tomo 1, La cultura 'bárbara' (1800-1860)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 1989.

BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, tomo 2, El disciplinamiento (1860-1920)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 1990.

BARRÁN, José Pedro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 2009.

BARRÁN, José Pedro – NAHUM, Benjamín, *Batlle, los estancieros y el imperio británico, El Uruguay del novecientos*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1990.

CAETANO, Gerardo, “José Pedro Barrán, el historiador de las libertades”, *Revista Encuentros Latinoamericanos*, Montevideo, Año III, núm. 8, septiembre, 2009, pp. 83-108.

DEVOTO, Fernando, Homenaje a José Pedro Barrán, Montevideo: 2009: <http://www.agn.gub.uy/pdf/barran.pdf>

FOLADORI, Guillermo, “Sexualidad, violencia, el juego y la muerte”, Reseña, *Revista Trabajo y capital*, Montevideo, abril de 1990, núm. 2, p. 2)

GOLDMAN, Noemí, Reseña, “José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, tomo 1, La cultura 'bárbara' (1800-1860)*”, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Tercera Serie, núm. 4, 2o semestre de 1991, pp. 133-137.

IRIGOYEN, Emilio, “La historia no estaba escrita”, en “La semana”, El Día 26 de enero de 1990, 10-11.

LOCKHART, Washington, “¿‘Civilización’ y ‘Barbarie’?”, *Brecha*, 5 de abril de 1991, pp. 14-15.

MARKARIAN, Vania. José Pedro Barrán (1934-2009). *Prismas* [online]. 2010, vol. 14, n.2, pp. 285-288.

MAZZONE, Daniel, “José Pedro Barrán: el Uruguay atraviesa hoy una brutal ruptura generacional”, La República, 29 de julio de 1990, 50-51.

RODRÍGUEZ, Julio, “La salvaje primavera de los uruguayos”, *Brecha*, 23 de marzo de 1990, p. 19.